

¡Ay lágrimas!

A Maritza García

Mi tendencia siempre fue a ser incrédula. ¿O fue acaso mi educación? Ahora someto a duda esa actitud como lo hago con tantas y tantas cosas. Pero ese cuestionar y cuestionar al que parecen atizarme los tiempos, ¿no resulta también incredulidad?

¿Qué deberá llevarme a la tumba para quedar bien conmigo mismo? ... A veces me entran tremendos deseos de creer en cosas verdaderamente grandes, en los extraterrestres, por ejemplo. Y eso fue lo que me sucedió el día aquel en que sorprendí a mi hija adolescente contraviniendo las -en esto armonicas- enseñanzas de "la familia, la escuela y la sociedad": estaba rodeada de amigas de su edad, sentada frente a otra niña con una *ouija* sobre las piernas. Era evidente que la habían fabricado ellas mismas, y con una solemnidad que movía a risa, hacían desplazar un cartabón escolar bajo sus dedos sobre el "tablero" de burda cartulina. Pero a mi el instinto de educadora, aumentado por la inercia ultrasuntuosa de un día de trabajo en el Ministerio, me sobrecogió con más fuerza aun que la comicidad que, desde mi superioridad adulta, se había esbozado segundos antes por los resquicios de lo ético.

-Pero, ¿qué se creen ustedes que están haciendo?- les espeté con la fuerza que sólo confiere la autoridad.

Un coro de ojos asombrados entonó sobre mi una sorda canción de reproches mientras Ariadna, con su usual desenfado, sacaba la cara por el grupo que, Escorpio-al-fín, lidereaba:

-Estamos conversando con Pachi, mami... Y, ¡la de cosas que nos está transmitiendo!... Tenemos que aprovechar que hoy está especialmente comunicativo. ¡Figurate que voy a emprender un largo viaje, probablemente a la India, y me voy a morir joven!

El "para reunirse con Pachi", que pronunció en voz más baja y con tono justificativo la otra "medium", se cruzó con el "pareces una cartomántica diseñada por los estudios Magnum", que nunca llegué a proferir.

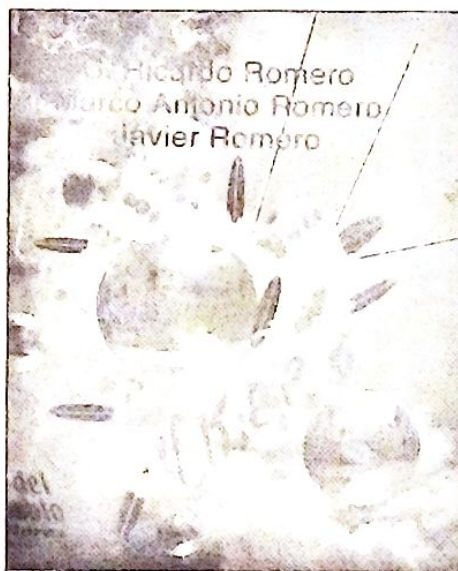
Cuando comencé a estructurar la réplica conveniente, desde no sé qué lugar de la memoria, violaron mi autosuficiencia politicoides recuerdos que, más que imágenes pasadas, fueron vivencias superpuestas: más reales y tangibles que el coro de muchachitas que me contemplaba. Acababa de ingresar yo en la Asociación de Jóvenes Rebeldes, y entré, con el sobrecogimiento del iniciado, en el local de la organización. Las ex militantes de la Juventud Socialista, devenidas ahora miembros de la recién inaugurada asociación, "jugaban" con otra *ouija* -ésta de maderas preciosas- para saber si los yanquis nos invadían o no y cuándo. Al ver a las veteranas atentas con las manos en la masa del idealismo, yo, que me pasaba horas fajada con el *Manual de Economía Política de la Academia de Ciencias de la URSS* y con *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado* de Federico Engels, sentí, por orden de aparición, vergüenza, extrañeza, curiosidad, temor... Pero allí se me produjo otra superposición más antigua aun que la primera, y vi a mi tía Nica, hermosa y elegante como ninguna, besarme con ternura maternal antes de regresar al coche que la había traído de vista mientras mi padre la criticaba a sus espaldas por servirse de aquel tablero endemoniado, por espiritista y por devota de Santa Bárbara. Le tocó el turno en el desfile de mis sensaciones al deseo de lo prohibido. Fue un deseo fuerte y poderoso. Pero fugaz: se desvaneció ante mis compañeras de organización como se había desvanecido ante Nica para ceder a la autoseguridad que trae en algunas personalidades lo socialmente establecido.

Erapezaba a hilvanar lo que la crítica posmodernista diría de mis experiencias marginales cuando me percaté de que al menos diez pares de ojos y oídos esperaban algo de mí. Me suavicé más de lo que ya había conseguido edulcorarme la visión retrospectiva narrada.

-¿Y quién es ese Pachi?- fue lo único que me vino a los labios.

-Es el compañero de nostras a quien arrolló el camión el curso pasado. ¿No se acuerda?- aventuró una de las niñas anhelante de comprensión.

-Sí, a ver, ¡explíqueme cómo es la cosa!



De repente me vi materializando un deseo reprimido con el cartabón bajo mis dedos.

-¡No los apoye; deje que el espíritu la guíe!

-Quisiera cambiar de compañero -expresé. Y mi mente seleccionó en seguida a Claudia, la chilena, que, por razones de identidad cultural, tenía obligatoriamente que ser más racional y menos sugestionable que las restantes.

-¡Dale, Claudia, ven para acá -ordenó Ariadna segura de lo infalible del procedimiento!

Claudia apenas si tocaba el cartabón. Sin embargo, miraba fijamente mis manos para comprobar si yo apoyaba los dedos, si guiaba la *ouija* para jugarle alguna pasada.

-¡Es más incrédula que yo! -pensé. ¡Y ya está aprendiendo a conocer a los cubanos!

Entonces levanté los dedos de forma tal que casi no rozaban el plástico, y me dediqué a observar los dedos de la Claudia que parecían levitados por una fuerza sobrenatural.

Sin tener que esperar demasiado, y dejando que "el disparo me sorprendiera", como decía mi profesora de tiro, mi corazón sufrió un vuelco y una caída al vacío, igual que, cuando de niña, me dejaba lanzar pendiente abajo en el carro de la "montaña rusa": el cartabón había comenzado a girar como un loco por encima del improvisado tablero de cartón, y mi pensamiento se movía con él sin que mis ojos dejaran de observar los dedos de la Claudia de soslayo.

Fue así como me entrené, junto a una niña chilena, en los misterios de la *ouija* y como llegué a saber, gracias a Pachi, que Ariadna NO moriría joven; que SÍ me daría nietos; que la situación económica del país SÍ debía mejorar tan pronto se introdujeran los cambios necesarios; que NO iba a haber una tercera guerra mundial en el sentido que se lo había dado a las dos grandes, y que la crisis que azola a la humanidad se prolongaría por tiempo indefinido.

El tiempo se fue adentrando en el especialísimo "Periodo especial" con su lista interminable de "molestias", y la *ouija* se replegó al plano inconsciente de los recuerdos, que es donde solemos almacenar las cosas momentáneamente inútiles: los avatares del trabajo, las colas y las labores domésticas me estaban arrebatando los pequeños espacios de irresponsabilidad que hasta entonces la vida me había permitido dedicar a crear o recrear sueños propios o ajenos.

La culpa de lo que ocurrió después la tuvo María del Carmen que, con el pretexto de sus investigaciones sobre la cultura popular, se permitía el lujo de incursionar impunemente por cuanto rito, creencia o tradición hubiesen ideado nuestros coterráneos. Habla que habla de santería, palo

monte, espiritismo, hasta que tuvo que caer en la *ouija*, bien porque estuviera de moda, bien porque fuese un espacio que, por existente, no quedaba más remedio que transitar en algún que otro momento de la vida.

-No, ¡pero yo la manejo sola! -me dijo.

-¿Sola?

-Y mi vasito de agua.

¿Por qué no se me había ocurrido a mí que tengo conocimiento, por Nica, de que el agua es un excelente medio de concentración para cualquier contacto ultraterreno? ¿A mí que soy la reina de la independencia y adoro descubrir misterios en la más completa soledad? María del Carmen me estaba pintando calva la ocasión de comprobar la honestidad de Claudia y ¡el poder verdadero de la *ouija*!

Esperé a que Orlando y Ariadna estuvieran ausentes para disponer a mi gusto la obligada parafernalia del experimento: silla-para-mí, mesa-con-mantelito-para-la-ouija, *ouija*, vaso-de-agua -sobre-la-tapa-del-teclado-del-piano-de-Ariadna.

No resultó difícil concentrarme ni alternar, en los momentos oportunos, la mirada entre el tablero y el vaso.

-¿Hay alguien aquí? -pregunté vista en vaso. Y mis dedos fueron conducidos al SÍ del tablero casi antes de que mi vista pudiera llegar al él. Pero llegó, para coincidir con los dedos en ese preciso punto.

Susto, sorpresa, tensión, relajamiento, dos inspiraciones profundas, y:

-¿Quieres decirme algo?

Otro SÍ más que evidente y otra retahíla de emociones.

-¿Qué quieres decirme?-

-H; J; L; A; 6; L; K; 2...-

-No, si ya lo decía yo... Esta Claudia lleva demasiado tiempo en Cuba... Me tiene que haber hecho trampa... ¡Un mensaje sin sentido!... ¡Coño, pero es un mensaje! Si no, ¿por qué dos SÍ seguidos y evidentes? ¡Dejame volver a preguntar!

-¿Sigues aquí?-

-SÍ.

-¿Hablas otro idioma que no sea el español?

-NO.

-¿Qué quieres decirme?

-U; N; H; 8; N; K; P...-

-¿Eres un loco o un autista?

-NO.

Otra sarta de emociones me obligó a respirar hondo para no perder mi concentración ni mi contacto. Era claro que había alguien allí. Al menos mis preguntas de control no fallaban. ¿Iba a ser tanta la casualidad?

-K; E; P; J; 6; 0...-

Entonces la vi dentro del agua. Transparente, como fabricada por Carlos Enriquez. Sólo un segundo. ¿O la imaginé? ¿Por qué me habrá venido a la mente?

Las lágrimas me opacaron la mirada, me obstruyeron la respiración, me desconcentraron de la *ouija*. Nada, que no pude seguir.

...Es que mi abuela Poregrina era analfabeta, ¿saben?

Cristina Baeza. Filósofa cubana.
Reside en Bolivia